RAFAEL ALBERTI

IMAGEN SUCESIVA DE ANTONIO MACHADO

I

Yo no conocí a Antonio Machado hasta muy tarde, casi dos años después que a Juan Ramón Jiménez. Con mi hermana Pepita, mi pobre hermana Pepita, hoy joven viuda de la guerra de España, sabía de memoria sus poemas, que recitábamos en nuestras inseparables, puras, mañanas del Jardín Botánico, el Retiro, la Moncloa, frente al crestado y níveo Guadarrama. Ningún paisaje como éste, tan de Machado, para repetir de recio su amor a la ancha y abierta serranía, divisora de las dos Castillas.

¿Eres tú Guadarrama, viejo amigo,
la sierra gris y blanca,
la sierra de mis tardes madrileñas
que yo leía en el azul pintada?

Por tus barrancos hondos
y por tus cumbres agrias,
mil Guadarramas y mil soles vienen,
cabalgando conmigo, a tus entrañas.

En 1924, alguien que ya no quiero nombrar me dijo:

—Preséntate al Premio Nacional de Literatura. El jurado es muy bueno. Forma parte de él, con Gabriel Miró, Menéndez Pidal y Moreno Villa, Antonio Machado. A lo mejor te dan el premio.

Aquel «a lo mejor» que mi hoy ex amigo añadiera se me

quedó brillando en la cabeza como una posible rendija de esperanza.

Por entonces, un entonces de lesión pulmonar, de escasez y desorden físicos míos, yo andaba casi siempre por las sierras de España, buscando en su aire puro de resinas el alimento remozador y fuerte, necesario para mi sangre. Así, cuando me animé a presentarme al concurso, lo hice desde los montes de Córdoba, de Rute, un extraño pueblo de locos, muy buenos aguardientes y olivares. Guardaba yo hacía algún tiempo mi primer libro, inédito, de poesías, *Mar y tierra,* cuyo título cambié por el de *Marinero en tierra* al publicarlo luego. Para mayor seguridad, acongojado de un terror infantil a que se perdiera, se lo mandé a aquel cubano tierno, inteligente y entusiasta, que por aquellos años vivía en Madrid, José María Chacón y Calvo, quien tuvo que sobornar a no sé qué empleado del Ministerio, ya que la fecha de admisión de originales había terminado, llegando el mío con casi una semana de retraso. Después, y en espera del fallo del jurado, me eché a dormir, escéptico, convencido de la inutilidad de semejantes premios literarios, temeroso de las injusticias, atormentado, además, de remordimientos ético-estéticos por haber caído en la tentación —«como cualquier poetastro», me decía— de presentarme a tal concurso.

Pasados varios meses de reposo por aquellos trágicos montes cordobeses volví a Madrid. ¡Pero qué vuelta para mí, entonces, con mis veintidós años, ostentando, a poco de llegar, en la cartera —la primera de mi vida— aquellas cinco mil pesetas del premio, las que, voy a confesar en un paréntesis (me gasté casi íntegras en helados con una serie de raros e imprevistos amigos, salidos hoy no sabría decir de dónde)!

En seguida fui a saludar, para darle las gracias, a Gabriel Miró, que ya conocía, visitando también a don Ramón Menéndez Pidal y a José Moreno Villa. Pero, como era natural, a quien más quería agradecer su voto era a Antonio Machado. Me presenté en su casa, sin aviso. No estaba. No vivía en Madrid. Su madre, una anciana pequeñita y fina, me lo dijo:

—Mi hijo anda por Segovia. Viene muy poco por acá. Es difícil verle.

Pasó algún tiempo. Del Ministerio de Instrucción Pública retiré el original de mi libro, adquirido por la Biblioteca Nueva para su publicación. Al andar, por la noche, revisándolo en mi cuarto, cayó de entre sus páginas un papelillo

amarillento, medio roto, escrito con una diminuta letra temblorosa. Decía:

> «Mar y Tierra».
>
> Rafael Alberti.
>
> Es, a mi juicio, el mejor libro de poesías presentado al concurso.
>
> Antonio Machado.

¡Con qué alegría y estremecimiento leí y releí aquel hallazgo inesperado! Todavía lo conservo en la primera página de un ejemplar viejísimo de mi *Marinero en tierra,* lo único que por casualidad salvé conmigo de la guerra española.

> Ni un seductor Mañara, ni un Bradomín he sido
> —ya conocéis mi torpe aliño indumentario...

Así se retrataba el poeta en versos ya famosos; pero yo seguía sin conocerle ni de lejos. Me sabía, eso sí, de memoria una sola foto suya, aparecida al frente de sus poesías, en edición de la Residencia de Estudiantes: un Machado, aún bastante joven, grave y triste, con cara de caído de la luna, saliendo de un alto cuello duro chimenea, corbata de plastrón, anticuado, anacrónico.

Poco a poco, aquel precipitado deseo de conocerle se me fue calmando, descendiendo a ese fondo donde esperan, dormidas, las cosas que no lograron su final, satisfacer su luz, cumplirla. Pero todo, de pronto, vuelve a emerger, a irrumpir, llamado desde fuera, desde la superficie menos sospechada. Subía yo una mañana por la calle del Cisne, cuando por la acera contraria vi que bajaba, lenta, una sombra de hombre, que, aunque muy envejecida, identifiqué sin vacilar con la del retrato de Machado perdido en mi memoria. Bajaba, lenta, como digo, con pasos de sonámbula, de alma enfundada en sí, ausente, fuera del mundo de la calle, en la mañana primaveral sonante a árboles con pájaros.

«Es él. Si no me atrevo ahora, no me atreveré nunca», me dije. Y mientras cruzaba, sofocado, de acera a acera, me fui repitiendo varias veces los dos primeros versos del retrato que Rubén Darío le dibujara tan magistralmente:

> Misterioso y silencioso
> iba una y otra vez...

BIBLIOTECA

Aquél era, aquélla era: sombra misteriosa, silenciosa sombra de poeta que yo iba a osar detener un instante.

—¿Don Antonio Machado?

No olvidaré nunca los silencios que tardó en responderme con dos «Sí, sí» espaciados, como si hubiera tenido que hacer un llamamiento a la memoria para acordarse de su nombre.

—Rafael Alberti... Quería conocerle y darle las gracias...

—¡Ah, ah! —repitió, todavía mal despierto, tomándome la mano—. No tiene usted que agradecerme nada...

Y ausentándose nuevamente, perdida sombra entre las laberínticas galerías de sí mismo, «mal vestido y triste», lo vi alejarse en la mañana de nuestro primer encuentro, calle del Cisne abajo...

II

La segunda vez que vi a Antonio Machado fue en el café Español, un viejo café siglo XIX, que había frente a un costado del teatro Real, de Madrid, cerca de la plaza de Oriente. Empañados espejos de aguas ennegrecidas recogían la sombra de estantiguas señoras enlutadas, solitarios caballeros de cuellos anticuados, pobres familias de la clase media, con ajadas niñas casaderas, tristes flores cerradas contra el rendido terciopelo de los sillones.

Un ciego, buen músico, según el sentir de los asiduos, tocaba el piano, mientras que una muchacha regordeta iba de mesa en mesa buscando el convite —un café con tostada, acompañado de algún que otro pellizco furtivo— de los ensimismados admiradores de su padre. Desde la calle, llovida y fría de enero, tras los visillos iluminados de las ventanas, adiviné la silueta de Machado, y entré a saludarle. Yo venía de una pequeña librería íntima, cuyo librero, gran amigo de los jóvenes escritores de entonces, acababa de conseguirme un raro ejemplar de los poemas de Rimbaud, sintiéndome infantilmente feliz aquella tarde sabiéndolo apretado bajo mi gabán para librarlo de la lluvia. Machado me saludó muy cariñoso, ofreciéndome en seguida un asiento a su lado, mientras me presentaba a sus contertulios. Muy ufano, al quitarme el gabán, le descubrí mi precioso volumen, que él ojeó con un débil gruñido aprobatorio, dejándolo

luego sobre la silla que a su izquierda sostenía en el respaldo los abrigos y las bufandas. De los presentados, sólo recuerdo hoy a uno: al viejo actor Ricardo Calvo, gran amigo del poeta. Aquella tarde, ausencia rara, no se encontraba allí su inseparable hermano Manuel. Los demás que le rodeaban eran extraños señores pasados de moda y como salidos de alguna rebotica de pueblo. Y así creo que era, pues la conversación, durante el rato que yo estuve, aleteó siempre, cansina, alrededor de cosas provincianas; preocupaciones y cosas bien lejanas y ajenas a aquellas tazas de café que tenían delante: el traslado de algún profesor de instituto, la enfermedad de no sé quién, la cosecha del año anterior, etc.

Al cabo de algún tiempo, observé que Machado fumaba y fumaba, bajando, distraido, el cigarrillo hacia el lugar donde yo calculaba debía hallarse posado mi precioso Rimbaud. Con un espanto mal reprimido quise mirar, primero, por encima del hombro de don Antonio, y, luego, por debajo de la mesa, para cerciorarme de que la poesía del más excepcional poeta de Francia no estaba sirviendo de cenicero a las colillas del gran poeta español. Pero no me atreví, por encontrarlo poco delicado y considerar, además, mis sospechas indignas y exageradas.

¡Ah, pero qué mal hice, qué mal hice! —iba reprochándome poco después bajo los farolones verdes y los altos monarcas visigodos de la plaza de Oriente.

Mas desde aquella noche, pude mostrar —no sin cierta sonrisa melancólica— a cuantas personas han venido pasando por mi casa, mi raro ejemplar de Rimbaud, aún más raro y valioso por las redondas quemaduras que los cigarrillos de Machado le abrieron en sus cubiertas color hoja de otoño.

III

En los días grandes de noviembre, el quinto Regimiento, flor de nuestras milicias populares, se ufanó en invitar a los hombres que representaban la cultura en la España republicana a ser evacuados de Madrid. A la Alianza de Intelectuales se le encomendó, entre otras, la visita a Antonio Machado, para comunicarle la invitación. Y una mañana bombardeada de otoño, el poeta León Felipe y yo nos presentamos en su casa.

Salió Machado, grande y lento, y tras él, como la sombra fina de una rama, su anciana madre. No se comprendía bien cómo de aquella frágil, diminuta mujer pudo brotar roble tan alto. La casa, lo mismo que cualquiera, rica o pobre, de aquellos días de Madrid, estaba helada. Machado nos escuchó, concentrado y triste. «No creía él —nos dijo al fin— que había llegado el momento de abandonar la capital.» ¿Escasez, crudeza del invierno que se avecinaba? Tan malos los había sufrido toda su vida en Soria u otras ciudades y pueblos de Castilla. Se resistía a marchar. Hubo que hacerle una segunda visita. Y ésta, con apremio. Se luchaba ya en las calles de Madrid y no queríamos exponerlo a la misma suerte de Federico.

Después de insistirle, aceptó. Pero insinuando, casi rozado de pudor, con aquella dignidad y gravedad tan suya, salir también con sus hermanos Joaquín y José...

—No tiene usted ni que indicarlo... El quinto Regimiento le lleva con toda su familia...

—Pero es que mis hermanos tienen hijos...

—Muy bien, don Antonio...

—Nueve, entre los dos matrimonios —creo que dijo.

Mas aunque en Madrid había otro organismo, la Junta de Evacuación, que se ocupaba de los niños, fue el 5º Regimiento quien salvó a toda la familia de don Antonio, llevándola a Valencia.

Y llegó la noche del adiós, la última noche de Machado en Madrid. ¡Noche inolvidable en aquella casa de soldados! Se encontraba allí lo más alto de las ciencias, las letras y las artes españolas —investigadores, profesores, arquitectos, pintores, médicos...— al lado de los jóvenes comandantes del pueblo Modesto y Líster, ambos aún con aquel traje entre civil y militar de los primeros días. Con una sencillísima cena, aquellos soldados, a quienes su vida y condición no habían permitido seguramente poner la planta en un museo, ver un laboratorio, cruzar siquiera un patio de instituto, despedían a los hombres que tal vez iban mañana a enseñar a sus hijos lo que ellos nunca pudieron aprender. Afuera, el corazón de España latía a oscuras, con su alto cielo de otoño interrumpido ya de resplandores de los primeros cañonazos. Por los arrabales extremos —Toledo, Segovia, Cuatro Caminos, Ciudad Universitaria—, por los alrededores de la ciudad —Puente de los Franceses, Casa de Campo, El Pardo— se cubrían de balas y de gloria, junto con las

milicias populares y las brigadas internacionales, los defensores espontáneos de Madrid. Y, mientras, en aquel saloncillo del 5º Regimiento, en medio del silencio que dejaba de cuando en cuando el feroz duelo de la artillería, un hombre extraordinario, aún más viejo de lo que era y erguido hasta donde su vencimiento físico se lo permitía, con sencillas palabras de temblor, agradecía, en nombre de todos, a aquellos nobles soldados, que así preciaban la vida de sus intelectuales, repitiendo razones de fe, de confianza en el pueblo de España. Hoy, pasados tan largos y catastróficos años, no puedo recordar con precisión lo que Machado en tan breve discurso dijo aquella noche. Quizá se encuentre escrito en algún lado. Pero de su sencilla despedida no he podido perder —ni perderé ya nunca— el instante aquel en que don Antonio, con una sinceridad que nos hizo a todos brotar las lágrimas, dirigiéndose a Lister y a Modesto, ofreció sus brazos —ya que sus piernas enfermas no podían— para la defensa de Madrid. Poco más tarde, desde su huertecillo de Valencia, escribía el poeta, insistiendo una vez más en su creencia ciega en el pueblo de España:

«En España lo mejor es el pueblo. Por eso la heroica y abnegada defensa de Madrid, que ha asombrado al mundo, a mí me conmueve, pero no me sorprende. Siempre ha sido lo mismo. En los trances duros, los señoritos invaden la patria y la venden; el pueblo no la nombra siquiera, pero la compra con su sangre.»

IV

La última vez que vi a Antonio Machado fue en Valencia, en aquella casita con jardín, de las afueras, que su Gobierno le había dado. Su poesía y su persona ya habían sido tocadas de aquella ancha herida sin fin que habría de llevarle poco después hasta la muerte. La fe en su pueblo, aunque ya antes lo hubo dicho, la escribía entonces a diario, volviendo nuevamente a adquirir su voz aquel latido tan profundo, de su época castellana, ahora más fuerte y doloroso, pues el agua de su garganta borboteaba con una santa cólera envuelta en sangre. Mas, como siempre, a él, en apariencia, nada se le transparentaba. Estaba más contento, más tranquilo, al lado de su madre, de sus hermanos y

aquellos sobrinillos, de todas las edades, que lo querían y bajaban del brazo al jardín, dándole así al poeta una tierna apariencia de abuelo. Desde los limoneros y jazmines —¡oh flor y árbol tan puros en su verso!— cercana, aunque invisible, la presencia del mar Mediterráneo, Machado veía contra el cielo cobalto las torres y azoteas de Valencia, bajo el constante moscardoneo de los aviones de guerra:

Ya va subiendo la luna
sobre el naranjal.
Luce Venus como una
pajarita de cristal.

Ambar y berilo
tras de la sierra lejana,
el cielo, y de porcelana,
morada en el mar tranquilo.

Ya es de noche en el jardín
—¡el agua en sus atanores!—
y sólo huele a jazmín,
ruiseñor de los olores.

¡Cómo parece dormida
la guerra, de mar a mar,
mientras Valencia florida
se bebe el Guadalaviar.

Valencia de finas torres
y suaves noches, Valencia,
¡estaré contigo,
cuando mirarte no pueda,
donde crece la arena del campo
y se aleja la mar de violeta!

... Y no pudo mirarla más, pues el poeta era ya una elegía, casi un recuerdo de sí mismo, cuando allá, solo, en Colliure, un pueblecillo cualquiera de Francia, cercano al mar, vino la muerte a tocarle, al borde de su arreado pueblo heroico, como a un soldado más, lo que real y humildemente llegó a ser.

Desde entonces, allí, en otra tierra, y no en la suya, junto al Duero, como él había soñado, esperan sus huesos.

Sur, núm. 108, octubre de 1943, Buenos Aires.